



EL RESCATE Y LA MEMORIA

Introducción al texto de Phillippe Pinel sobre la Melancolía de 1816

Juan Manuel Ferraro

L'Encyclopédie méthodique ou par ordre de matières par une société de gens de lettres, de savants et d'artiste; précédée d'un vocabulaire universel, servant de Table pour tout l'ouvrage (Enciclopedia metódica o en orden temático por un círculo de escritores, científicos y artistas; precedida por un vocabulario universal, que sirve de índice para toda la obra), fue una enciclopedia estructurada, organizada sistemáticamente por áreas del saber. La versión completa, que se publicó entre 1782 y 1832, llegó a comprender 206 volúmenes, de los cuales se conservan en la Biblioteca de Francia comprende (159 de textos y 47 de láminas). Su principal editor fue Charles-Joseph Panckoucke. Esa obra constituyó una nueva edición, reescrita, reestructurada, ampliada y revisada, de los contenidos de la famosa *Encyclopédie o Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (Enciclopedia o diccionario razonado de ciencias artes y oficios) que editó André Le Breton hasta 1772, bajo la dirección de Denis Diderot y Jean d'Alembert.

Para confeccionar la obra Panckoucke convocó a especialistas en los diversos temas que constituían las entradas de su Enciclopedia, entre ellos solicitó a Pinel, a la sazón director del Hospicio parisino de La Salpêtrière, el texto que se presenta a continuación, en el que retoma, ampliando ciertos conceptos y actualizando pasajes, la descripción de la melancolía aparecida en la segunda edición (1809) de su famoso *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale* (Tratado médico filosófico sobre la alienación mental)¹.

1. *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, Editions Antoine Brosson, 1809 [Versión en castellano: *Tratado médico filosófico sobre la alienación mental*, en *El nacimiento de la psiquiatría*, Colección Clásicos de la Psiquiatría bajo la dirección de Juan Carlos Stagnaro, Buenos Aires: Polemos, 2012].

Melancolía²

Phillipe Pinel

La melancolía es el género LXVI de la nosología de Cullen, quien la define como una locura parcial que no va acompañada de disestesia.

Incluye bajo su título: 1° la enfermedad vulgarmente conocida como panofobia, nacida del terror nocturno; 2° la demonomanía de Sauvages; 3° el delirio melancólico de Hoffmann; 4° la erotomanía de Linnaeus; 5° la nostalgia de los Antiguos; 6° la melancolía nerviosa de Lorry.

La melancolía varía de acuerdo a los objetos sobre los que el enfermo delira. Así pues:

1. Consiste en un juicio erróneo que el enfermo hace sobre el estado de su cuerpo, que cree en peligro por causas leves, o teme que sus asuntos tengan un resultado lamentable. Hay que relacionar a esta variedad la melancolía vulgar, que varía hasta el infinito en razón de los distintos objetos a los que el enfermo se encuentra afectado.
2. La melancolía que consiste en un error agradable sobre el estado de las cosas que conciernen al enfermo.
3. La melancolía que consiste en un amor excesivo, que no va acompañado de satiriasis o ninfomanía.
4. La melancolía que consiste en un temor supersticioso a los acontecimientos futuros: tal es la melancolía religiosa.
5. En una aversión insuperable al movimiento y a todos los deberes de la vida, como sucede en la melancolía atónita.
6. En la ansiedad y la impaciencia de cualquier posición: es la melancolía errática.
7. En el aburrimiento de la vida, como se ve en la melancolía inglesa. A veces esta melancolía ha sido una especie de epidemia.
8. Finalmente, la melancolía que consiste en un error del enfermo sobre la naturaleza de su especie.

La descripción de la melancolía trazada por Areteo, atestigua el talento observador de este último, y el profundo conocimiento que los Antiguos tenían de esta enfermedad. Hay que perdonarle las opiniones vulgares que relata sobre el estado de ánimo atrabiliario, y

los diversos actos que le atribuye, ya que el estado prematuro en que se encontraba entonces la anatomía no le permitía dar nociones más exactas. La observación, por otra parte, confirma cada día lo que este escritor griego dijo de los melancólicos: “Que están sujetos a ideas extravagantes; que algunos temen ser envenenados; que los demás, llenos de aversión por la sociedad de los hombres, se retiran a la soledad, o se entregan a toda clase de supersticiones, a vanos temores, etc.”

Pero antes de considerar la melancolía como una enfermedad, ¿no deberíamos primero examinar si, en el estado actual de nuestros conocimientos, no habría que admitir una disposición física y moral que podríamos llamar temperamento melancólico, sobre el cual el galenismo ha demostrado ser tan fecundo en teorías vanas? Es como por repetición que decimos que los caracteres generales de este temperamento son: un estado de ánimo atrabiliario, redundante, un color moreno, un hábito corporal delgado y reseco, una taciturnidad oscura, etc. Necesitamos buscar conceptos más exactos y precisos en los detalles que nos ha transmitido la historia sobre la vida pública y privada de algunos melancólicos famosos.

Podríamos citar aquí a una multitud de hombres célebres en las bellas artes, las ciencias, la filosofía moral o la vida contemplativa. Pero como los placeres puros del entendimiento, la calma y la tranquilidad de las buenas costumbres, pueden contrarrestar la melancolía natural, fijémonos en algunos rasgos del horrible cuadro de depravación y ferocidad que distinguió al emperador Tiberio y a Luis XI, y que muestran el temperamento melancólico en el grado más alto que se pueda alcanzar. ¡Con qué profundidad y energía, el carácter del emperador romano fue trazado por Tácito! ¿No es curioso verlo reproducirse, quince siglos después, bajo un clima nuevo y en épocas de ignorancia y barbarie, tan contrastantes con las luces del siglo de Augusto?

Una taciturnidad sombría, una severidad dura y repelente, las asperezas de un carácter lleno de caprichos y de exabruptos, la búsqueda de la soledad, una

2. Artículo escrito por Philippe Pinel para la *Encyclopedie Méthodique de Charles-Joseph Panckoucke* (1816), Tomo IX, pp. 589 a 600. Traducción Juan Manuel Ferraro.

mirada de reojo, el tímido pudor de un alma artificial, delatan, desde su juventud, la disposición melancólica de Luis XI. Hay una sorprendente semejanza entre este Príncipe y Tiberio; sólo se distinguen el uno del otro en el arte de la guerra durante la efervescencia de la edad, pues el resto de sus vidas lo pasan en preparativos imponentes, pero sin efectos, en estudiados retrasos, en proyectos ilusorios de expediciones militares, en negociaciones llenas de astucia y de persistencia. Antes de reinar, se exilian el uno y el otro voluntariamente de la corte, y van a pasar varios años en el olvido y la languidez de una vida privada: el uno en la isla de Rodas, el otro la soledad de Bélgica. ¡Qué profundo disimulo, cuántas indecisiones, cuántas respuestas equívocas en la conducta de Tiberio a la muerte de Augusto! ¿Y no ha sido Luis XI el modelo de la política más pérfida y refinada durante toda su vida? Atrapados en sus negras sospechas, en los presagios más siniestros, en los terrores que resurgen sin cesar hacia el final de la vida, van a ocultar su repugnante tiranía: uno en el castillo de Plessis-lès-Tours, el otro en la isla de Capri, morada de atrocidades no menos que de un derroche impotente y desenfrenado.

No es raro encontrar en la sociedad los matices más pronunciados de una melancolía que cayó en la vesania. Una dama de una mente muy cultivada y dotada de cualidades extraordinarias, cede a las comodidades de su categoría y se casa con un hombre próximo a un estado de demencia. El deseo de complacer a su propia familia, y un carácter noble, le hacen soportar mucho tiempo con valentía los disgustos de esta unión. Pero cada día hay una nueva escena que exige su atención y que la entristece: en privado, exabruptos pueriles de su imbécil esposo, amenazas, actos de violencia contra los sirvientes, conducta llena de incoherencias; en público y en medio de la sociedad, son los comentarios más incoherentes y desatinados, a veces los atolondramientos de la extravagancia y de lo absurdo. La presencia física y moral de dos niños a los que ella quiere tiernamente, y los cuidados múltiples que ella les dispensa, le causan los placeres más vívidos en su triste e insípida existencia, pero no impiden el progreso de su melancolía. Su imaginación da a luz cada día nuevos temas de desconfianza y temor. Algunas contrariedades que ocurren ciertos días de la semana, sobre todo los viernes, la convencen de que es un mal día, y se decide a no salir de su habitación. Cuando el mes comienza en viernes, es entonces motivo para los más pusilánimes temores por los días venideros. Y en cierto grado incluso los jueves, como víspera de los viernes, le inspiran las mismas alarmas.

Si en una reunión oye pronunciar el nombre de alguno de estos días, se pone pálida y habla trastornada y con desorden, como si estuviera amenazada por el acontecimiento más funesto. Fue algunos meses antes de la Revolución cuando me pidieron mi opinión sobre esta vesania melancólica, y puse en práctica algunos remedios simples, con los medios morales que este estado debe sugerir. Pero los acontecimientos de 1789, y poco después los reveses familiares y la emigración, sustrajeron de mi conocimiento la continuación de esta enfermedad. No obstante, supongo que una nueva cadena de ideas, un cambio de clima, y tal vez alguna adversidad, han disipado los oscuros vapores de la melancolía.

Las circunstancias propicias para conducir a la melancolía sin una disposición primitiva, son: la tristeza, el miedo, el trabajo de oficina, la interrupción de una forma de vida activa, el amor violento, el exceso de placeres, el abuso de embriagadores o narcóticos, enfermedades anteriores tratadas sin método, supresión del flujo hemorroidal debido a una cauterización, etc. En la melancolía primitiva o adquirida, el pulso es lento y concentrado. Las afecciones espasmódicas, vagas o fijas en una parte, simulan una multitud de otras enfermedades. El descanso es agitado y perturbado por objetos de terror y sus imágenes lúgubres. Siempre están atormentados por algunas ideas singulares, o poseídos por una pasión dominante que se vuelve extrema. Uno tiene una marcada inclinación por la inactividad y la vida sedentaria, pero los afectos del alma son susceptibles de la mayor violencia: el amor es llevado al delirio, la piedad al fanatismo, la ira a una furia frenética, el deseo de venganza a la crueldad más bárbara. Se reúne una ardiente y profunda perseverancia para un objeto idólatra, con la más inconstante labilidad para todo lo que le es ajeno; una taciturnidad sombría y a menudo interrumpida por estallidos pasajeros de una alegría viva y convulsiva.

A medida que avanzan hacia una vejez temprana, el cuerpo se marchita y se reseca, la tristeza natural del carácter se fortalece con el avance de la edad, y el creciente trastorno de la razón termina en una especie de alienación mental, o más bien en una extraña y forzada asociación de un cierto tipo de ideas, con las emociones más vivas y más tumultuosas.

El carácter propio de la melancolía consiste, en general, en una lesión de las funciones intelectuales y afectivas. Es decir que el melancólico está poseído por una idea exclusiva o una serie particular de ideas con una pasión dominante, más o menos extrema, como un estado habitual de miedo, de remordimientos pro-

fundos; una aversión de las más fuertes, o bien el entusiasmo religioso; un amor de los más apasionados, una alegría loca y radiante. Desde este punto de vista, nada es más contrario al método que querer admitir divisiones de esta enfermedad en especies, según el objeto particular sobre el cual se ejerce una idea errónea, o según una pasión exclusiva, y dar como caracteres distintivos la panofobia o el susto nocturno, la demonomanía, o la idea de estar poseído por el demonio; el delirio melancólico del que Hoffmann hizo la historia; la erotomanía o la pasión del amor llevado a su grado más alto; la nostalgia, o el profundo lamento de estar lejos de casa; una especie de ilusión y encanto que hace creer que se disfruta de la felicidad suprema; la preocupación supersticiosa por los castigos en la próxima vida; una aversión insoportable al movimiento, o una movilidad extrema y su inclinación irresistible a moverse y a correr continuamente sin rumbo y sin motivo; la singularidad de creerse haber transformado en perro, en liebre, en lobo, o en cualquier otro animal, con sus tendencias correspondientes. Todas estas direcciones viciosas que puede tomar el entendimiento y la voluntad, son sin dudas muy propicias para dar lugar a los desarrollos más extensos e ingeniosos sobre la naturaleza humana y sobre la enfermedad, pero no pueden ser tomados como fundamento para la división de la melancolía en especies.

Sin embargo, los médicos observadores han sacado mucho provecho de ellas para proponer un tratamiento. En las obras de Houlier, de Tulpius, de Marcellus Donatus, de Bonnet, etc., así como en las *Ephémérides des curieux de la nature* y en todas las recopilaciones de observaciones, se cuentan numerosos ejemplos de curaciones realizadas por algún medio astuto o algún artificio capaz de destruir la idea exclusiva que hace de objeto particular de la melancolía.

Sabemos también que una impresión fuerte y brusca, como aquella que llamamos baño sorpresa, a veces ha cumplido los mismos objetivos. Pero también debemos convenir que cuando la melancolía es de larga data, hay pocas esperanzas de lograr la curación. Y aun cuando sea reciente, le debemos oponer un cambio notable en la manera de vivir, ejercicios corporales variados, la disipación, pasatiempos agradables, viajes a reservorios de aguas minerales. Y en aquellos casos particulares de una melancolía por la repercusión de una afección cutánea, de la supresión de una hemorragia habitual, o la remisión de la gota, dirigir el tratamiento de acuerdo a la causa evidente que ha producido la enfermedad.

Los principios del abordaje de la melancolía son reconocidos desde mucho antes del origen de la medicina griega, e incluso se dice que se remontan hasta los siglos más esclarecidos del antiguo Egipto. A los dos extremos de esta región, que estaba entonces muy poblada y florida, había templos dedicados a Saturno, donde los melancólicos iban en multitud, y donde los sacerdotes, aprovechándose de su constante credulidad, engendraban su supuesta curación milagrosa por todos los medios naturales que el higienismo podía sugerir: juegos, ejercicios recreativos de todo tipo instituidos en esos templos, pinturas voluptuosas, imágenes seductoras expuestas en todas partes a los ojos de los enfermos, los cantos más agradables, los sonidos más metódicos encantando sus oídos. Los enfermos se paseaban por jardines floridos, por arboledas adornadas con arte refinado. A veces se les hacía respirar aire fresco y saludable en el Nilo, en barcos decorados y en medio de conciertos campestres; a veces se los llevaban a islas apacibles, donde bajo el símbolo de alguna divinidad protectora, se les procuraban espectáculos novedosos e ingeniosamente armados. También eran llevados a sociedades agradables y cuidadosamente escogidas. Todos los momentos estaban dedicados a alguna escena cómica, a danzas grotescas, a un sistema de entretenimiento diversificado y sostenido por ideas religiosas. Una dieta variada y escrupulosamente observada; el viaje necesario para llegar a estos lugares sagrados; las fiestas continuas puestas a lo largo del camino; el espíritu fortalecido por la superstición; la habilidad de los sacerdotes para producir una diversión favorable y desechar ideas tristes y melancólicas, ¿podrán dejar de sorprender al sentimiento de dolor, de calmar las inquietudes, y de provocar a la vez cambios saludables, que fueron cuidadosamente valorados, para inspirar confianza y establecer crédito a las divinidades tutelares?

No hay nada más inexplicable y, sin embargo, nada que se note mejor que las dos formas opuestas que puede adoptar la melancolía. A veces se trata de una hinchazón de orgullo y de la idea quimérica de poseer inmensas riquezas o un poder ilimitado; otras veces es el abatimiento más pusilánime, una profunda consternación o incluso la desesperación. Los hospicios de alienados suelen ofrecer ejemplos de estos dos extremos.

– El mayordomo de un gran señor pierde su fortuna en la época de la revolución. Pasa varios meses en la cárcel, siempre con el temor de ser llevado al suplicio. Su razón se extravía; es trasladado como demente a Bicêtre y acaba creyéndose rey de Francia.

– Un jurista, apenado al ver que su único hijo, al que apreciaba tiernamente, le era arrebatado para cumplir servicio militar, se entregó a su profunda pena, perdió la razón y poco después se creyó transformado en el rey de Córcega.

– Mantuve durante mucho tiempo en las enfermerías de Bicêtre a un habitante de Versalles, arruinado por la revolución, y poco después librado a la fantástica ilusión de ser el soberano del mundo.

Por otro lado, hay muchos ejemplos de una tristeza profunda y concentrada que no cambia de objeto, ¡y que acaba en delirio!

– Un hombre sobrio y tímido hace algunos comentarios poco meditados durante el II año de la República³. Se le considera monárquico y se le amenaza con la guillotina. Entra en una perplejidad extrema, pierde el sueño, abandona sus tareas cotidianas. Encerrado entonces en Bicêtre como alienado, permaneció tan profundamente imbuido de la idea de esta siniestra muerte que nunca dejó de provocar la ejecución del supuesto decreto dictado contra él, y que ninguno de los medios que probé pudo hacerle volver en sí.

No sin emoción he visto a dementes, víctimas de un alma sensible y tierna, repetir día y noche el nombre querido de una esposa o de un hijo arrebatado por una muerte prematura, y cuya imagen estaba siempre presente para ellos.

– Un joven extraviado por un amor desdichado, estaba dominado por una ilusión tan poderosa, que toda mujer que llegaba al hospicio, le parecía su antigua amante, a quien designaba con el nombre de Marie-Adelaïde, y no dejaba de hablarle de la manera más apasionada.

La melancolía suele permanecer estacionaria durante varios años, sin que el delirio exclusivo que es su objeto cambie de carácter, sin ninguna alteración en el aspecto moral o físico. Hemos observado a alienados de este tipo en el hospicio de Bicêtre, durante doce, quince, veinte o incluso treinta años. Siempre entregados a las primitivas ideas que señalaban su locura, siempre impulsados por el lento movimiento de una vida monótona que consiste en comer, dormir, aislarse del mundo entero, y vivir sólo con sus fantasías y quimeras. Algunos, dotados de un carácter más vivaz, pasan a un estado declarado de manía por la mera costumbre de ver o escuchar a locos furiosos o extravagantes; otros experimentan, después de varios años, una especie de revolución interior por causas

desconocidas, y su delirio cambia de objeto o adopta una nueva forma.

– Un alienado de este tipo, confiado a mis cuidados durante doce años, y ya avanzado en edad, deliró durante los primeros ocho sólo con la quimérica idea de un supuesto envenenamiento del que se creía amenazado. Durante este período, no hubo ninguna desviación en su conducta, ni ningún otro signo de enajenación. Incluso era extremadamente reservado en lo que decía, convencido de que sus padres intentaban declararlo insano y quitarle sus bienes. La idea de un supuesto veneno no hacía más que angustiarse y sólo se atrevía a comer alimentos sacados a escondidas de la cocina de su pensionado. Hacia el octavo año de encierro, su delirio primitivo cambió de carácter: se creyó primero el mayor potentado, luego el creador y soberano del mundo. Esta idea sigue siendo su felicidad suprema.

Variedad de melancolía que conduce al suicidio

“Los ingleses –dice Montesquieu– se matan sin que uno imagine razón alguna que los determine a hacerlo. Se matan en el seno mismo de la felicidad. Esta acción, en el caso de los romanos, era el efecto de la educación; se debía a su forma de pensar y a sus costumbres. En el caso de los ingleses, es el efecto de una enfermedad: se debe al estado físico de la máquina...”

El tipo de inclinación al suicidio que indica el autor de *L'esprit des lois*, y que es independiente de los motivos más poderosos para quitarse la vida –como la pérdida del honor o la fortuna– no es una enfermedad propia de Inglaterra. Incluso está lejos de ser rara en Francia. Ya he publicado ejemplos de este tipo en una obra periódica (*La médecine éclairée par les sciences physiques, de Fourcroy*). Me limitaré en esta ocasión a relatar de forma abreviada uno de estos hechos

Un joven de veintidós años es destinado por sus padres al estado eclesiástico –esto era antes de la Revolución–, y al negarse, abandonado a sus propios medios de subsistir, es conducido a un estilo de vida precario.

Por fin parecía disfrutar de la paz y la tranquilidad en una casa en la que era apreciado, pero fue entonces cuando su imaginación se vio abrumada por las ideas más tristes y melancólicas: disgusto por la vida y reflexiones diversas sobre los medios con los cuales darse muerte. Un día meditó en precipitarse desde lo alto de la casa, pero le faltó valor para hacerlo y el pro-

3. N. del T.: Corresponde al año 1793 del calendario gregoriano.

yecto se pospuso. Pocos días después, un arma de fuego le pareció más adecuada para librarse de la carga de la vida; pero en el momento de la ejecución –siempre con temores pusilánimes, siempre con renovadas indecisiones– uno de sus amigos, a quien instruyó sobre sus siniestros planes, vino a comunicármelos y se unió a mí para tomar todos los medios que la prudencia pudiera sugerir: ruegos, invitaciones apremiantes, amonestaciones amistosas, todo fue en vano. El deseo de destruirse a sí mismo impulsó constantemente al desafortunado joven, y rehuyó una familia en la que se le colmó de expresiones de afecto y amistad. No era posible pensar en un viaje lejano y en un cambio de clima, porque el estado de su fortuna se lo prohibía; era necesario suplirlo, como poderoso objeto de diversión, con un trabajo duro y sostenido.

El joven melancólico, consciente del horror de su situación, estuvo de acuerdo conmigo. Cambió de hábitos, fue al Port au Blé y, mezclándose con los demás trabajadores, sólo se distinguió por un mayor celo en ganarse el sueldo.

Sólo pudo soportar este exceso de fatiga durante dos días, y fue necesario recurrir a otro recurso: se le hizo trabajar como obrero para un maestro albañil en los alrededores de París, y fue tanto más bienvenido cuanto que se hizo útil a intervalos en la educación de un hijo único. ¡Qué modo de vida más conveniente y saludable para un melancólico que el trabajar con sus manos y estudiar! Pero aun así, la alimentación sana, la vivienda cómoda, y todos los cuidados dispensados debido a su desgracia, parecen amargar, en lugar de calmar, sus inclinaciones fatales. Volvió quince días después a su antiguo amigo y, con lágrimas en los ojos, le contó la agitación interior que experimentaba y el odioso asco de vida, que le conducía irresistiblemente al suicidio. Los reproches que recibió le penetraron dolorosamente; se retiró consternado y desesperado, y no cabe duda de que se precipitó al Sena, último término de una existencia que se había vuelto insoportable.

Especie primera de la melancolía

Delirio sobre un objeto único

Causas predisponentes u ocasionales– Supresión de una hemorragia o sangrado habitual, vida sedentaria y exceso de estudio, abuso de placeres venéreos, uso prolongado de narcóticos, penas profundas.

La melancolía se debe a una disposición primitiva, a la impaciencia, a la coloración lívida del rostro, a un carácter muy irascible, a la aversión al movimiento, a la búsqueda de la soledad, a la desconfianza recelosa,

a la tendencia a dar interpretaciones siniestras a todos los acontecimientos. La melancolía accidental puede no tener otro carácter externo que un error de percepción y un delirio sobre un objeto único

Segunda especie

Melancolía con inclinación al suicidio

Además de las causas ocasionales de las especies anteriores, se puede contar: el disgusto de la vida debido a la decadencia de la salud, la nulidad que entraña el abuso extremo de los placeres, un sentimiento demasiado enérgico de los propios deberes, una imaginación que multiplica al infinito y exagera las desgracias de la vida, las ideas religiosas y el deseo de una felicidad futura.

Síntomas– Abatimiento del coraje, elección particular de un tipo de muerte, búsqueda de la soledad para entregarse únicamente a las ideas y planes de destrucción. A veces, una profunda convicción de que se está privado de intelecto, y de que no se puede cumplir con los deberes de la vida. Otras veces, la inclinación al suicidio combinada con ideas religiosas, puede llevar a cometer un asesinato a sangre fría para obtener el cielo mediante la confesión de su crimen antes de ir al castigo.

Género– Pasión dominante llevada al exceso, delirio exclusivo sobre un objeto, propensión a desconfiar de los motivos más frívolos.

Tratamiento de la melancolía

Se presentan con frecuencia dos indicaciones principales en el tratamiento de la melancolía: en uno, nos proponemos destruir la idea dominante de los melancólicos, de combatir su delirio exclusivo; el otro, consiste en operar la cura radical de la enfermedad

Primer indicación general: hacer cesar el delirio exclusivo

A veces es muy urgente destruir ciertas ideas quiméricas que dominan a los melancólicos hasta el punto de impedirles, en ciertos casos, satisfacer las necesidades más apremiantes. Pues hemos visto morir a melancólicos por su invencible obstinación en rechazar toda clase de alimentos. A veces se han necesitado los recursos más afortunados, las estratagemas más singulares, para lograr evitar los efectos fatales de las carencias de su imaginación.

Un melancólico se imaginaba estar muerto y, en consecuencia, no quería comer. Todos los medios empleados para hacerle tomar algo de comida fracasaron. Estaba en peligro de perecer de hambre, cuando

uno de sus amigos decidió hacerse el muerto. Éste fue colocado en un ataúd frente al melancólico, y unos instantes después, le llevamos la cena. El melancólico, viendo al falso muerto comer, pensó que podía hacer lo mismo, y se dispuso a imitarlo.

Otro se empeñó en retener su orina durante varios días, por miedo a inundar a sus vecinos. Le dijeron que la ciudad en la que vivía estaba presa de un incendio que la reduciría a cenizas, si no se apresuraba a orinar. Esta estratagema le convenció.

Para cumplir con esta primera indicación de tratamiento se requiere, sobre todo, no sólo de habilidad y sagacidad por parte del médico, sino también delicadeza y, sobre todo, paciencia, pues a menudo vemos que los medios más laboriosos fracasan. No hay nada más repulsivo que tener que tratar con melancólicos desconfiados, a los que todo les molesta, que dan las más siniestras interpretaciones a lo que ven u oyen. Por lo tanto, no se debe decir nada delante de ellos que tenga un doble sentido.

La mayoría de las veces es necesario entrar en sus puntos de vista, parecer convencido de la existencia de sus males imaginarios y, finalmente, razonar con ellos para hacerlos volver a la razón.

Un pintor melancólico creía que todas las partes de su cuerpo se habían ablandado como la cera, y no podía dar un solo paso. Se llamó a Tulpius, quien aparentó estar plenamente convencido de la verdad de su accidente: le prometió remedios infalibles, pero le prohibió caminar durante seis días, tras los cuales le permitió hacerlo. El melancólico, pensando que los remedios necesitaban todo este tiempo para actuar, para fortalecer y endurecer sus huesos, obedeció exactamente, después de lo cual caminó sin miedo ni dificultad.

Un hombre que había sido mordido unos días antes por un perro desconocido, se convenció a sí mismo de que estaba rabioso, e incluso aseguró un día a su hermano que estaba dominado por el deseo de morderle. Éste se mostró reacio a aceptarlo, pero le respondió que con la ayuda de ciertas oraciones o fórmulas, el sacerdote podría curarlo fácilmente. El sacerdote le secunda en este engaño, y el crédulo melancólico ya no duda de su curación. Estos medios morales están respaldados por el uso de una bebida supuestamente anti-hidrófoba. La ilusión se disipa y no queda nada de la idea exclusiva y dominante de la rabia.

Un hombre que desesperaba por su salvación quería suicidarse. Lusitanus le ordenó a un amigo del melancólico que acudiera a él durante la noche en forma de ángel, llevando una antorcha encendida en la mano izquierda y una espada en la derecha. El falso ángel

abrió las cortinas de la cama, despertó al paciente y le anunció que Dios le había concedido la absolución de todos los pecados que había cometido. Esta estratagema tuvo éxito, el alma timorata recuperó su tranquilidad y la salud volvió pronto.

A menudo hemos logrado curar a melancólicos que estaban convencidos de tener serpientes o ranas en el estómago del siguiente modo: el médico, aparentando creer en la verdad del hecho, prescribía el vomitivo, al mismo tiempo que se colocaban subrepticamente ranas o serpientes en el recipiente donde vomitaba. Esta artimaña es específica para el error de la imaginación de estos enfermos.

Hemos visto a melancólicos asegurar fuertemente tener cuernos en la cabeza o pájaros en el cráneo. Hemos fingido que los cuernos fueron aserrados, o que los pájaros habían sido extraídos, pasándoselos a mostrar después, y sus ideas quiméricas de este modo fueron destruidas.

Otros pensaban que tenían narices o labios de un tamaño inmenso. Sólo podíamos curarlos haciéndoles una incisión por la que vieron salir sangre, y luego mostrándoles un gran trozo de carne que se decía que les habían removido.

Si bien se logra devolver el juicio a muchos melancólicos siendo irracionales con y como ellos, también sucede a menudo que, cuando se finge ser de su misma opinión, se complacen en su idea y se aferran con más obstinación. A veces conviene excitar en ellos pasiones que les hagan olvidar el tema de su delirio.

Hemos visto a menudo que una emoción aguda y repentina causa buenos efectos, e incluso duraderos. En especial cuando los melancólicos se encuentran en ese estado de apatía, de indiferencia, sin deseo, sin aversión donde muchas veces se suicidan. Es sobre todo en estos casos, digo, cuando se puede despertar con éxito un afecto vivo, como la ira, por ejemplo. Incluso cuando la enfermedad en sí no sana, la cólera produce en ellos un cambio momentáneo que les beneficia, ya que por el momento da más actividad a ciertas funciones de su economía y experimentan un alivio manifiesto.

Un hombre de letras, sujeto a un consumo excesivo y recientemente curado de una fiebre, experimenta hacia el otoño todos los horrores de una inclinación al suicidio, que a veces se equilibra con una calma espantosa en el probar la elección de los medios adecuados para darse muerte. Un viaje a Londres parece desarrollarle un nuevo grado de energía a su profunda melancolía, y la resolución inquebrantable de acortar el término de su vida. Elige una hora avanzada de la

noche, y se dirige a uno de los puentes de esta capital para precipitarse hacia el Támesis. Pero al momento de su llegada, unos ladrones lo atacan para privarlo de todas sus pertenencias, las cuales eran muy modestas o casi nulas. Está indignado, hace esfuerzos extremos para librarse de sus manos, no sin experimentar el miedo más intenso temor y la mayor confusión.

La lucha cesa e instantáneamente se produce una fuerte revolución en la mente del melancólico. Olvida el propósito principal de su paseo, regresa a casa en el mismo estado de angustia que antes, pero completamente libre de sus planes de suicidio. Su recuperación fue tan completa que, residiendo en París durante diez años, y muchas veces reducido a medios precarios de existencia, ya no sentía el menor disgusto por la vida. Es una vesanía melancólica que ha cedido a la impresión de terror producida por un ataque imprevisto

Boerhaave contaba a sus alumnos la siguiente historia: un hombre muy inteligente se había vuelto melancólico. El objeto de su exclusivo delirio era creer que tenía muslos de cristal. En consecuencia, permanecía siempre sentado, por temor a rompérselos. Una sabia criada dio, mientras barría, tal golpe a los muslos del pobre melancólico, que éste se enfureció violentamente, tanto que se levantó y corrió tras la mujer para golpearla. Cuando volvió en sí, se asombró de poder mantenerse en pie y de encontrarse curado.

Los baños fríos de sorpresa, recomendados por Van-Helmont, y con los que dice haber efectuado varias curas, actúan produciendo una impresión brusca y repentina, un gran susto.

Una dama llevaba mucho tiempo sufriendo una melancolía que no había cedido a ninguno de los remedios que le habían administrado diferentes médicos. Se la convenció de ir a la campiña. La llevaron a una casa donde había un canal, y la tiraron al agua, sin que ella lo esperara. Los pescadores estaban listos para sacarla rápidamente. El susto le devolvió la cordura, que conservó durante siete años. Hemos intentado luego volver a arrojarla a un canal, pero ya desconfía de todos los que se le acercan, y se aleja tan pronto ve agua por los lugares donde camina.

Estos son hechos suficientes para indicar por qué tipo de medios hemos logrado a menudo poner fin al delirio exclusivo de las personas melancólicas y disipar sus ideas fantásticas. A veces, es cierto, estos medios por sí solos producen una cura radical y completa, pero mucho más a menudo esta cura es sólo momentánea, y pronto vuelven a caer en el delirio si no se emplean todos los medios adecuados para producir un cambio duradero.

Segunda indicación general – Cura radical

Los autores de todos los tiempos han señalado que la melancolía suele ser más difícil de curar cuanto más antigua es. Esta observación es común a todas las enfermedades nerviosas en las que el poder de la costumbre modifica de tal manera la economía instintiva que produce una tendencia irresistible a repetir actos que ya ha realizado con mayor o menor frecuencia. Por lo tanto, es en las primeras etapas donde más debemos esperar cambiar los hábitos físicos y morales de los melancólicos, para excitar en ellos otras inclinaciones, para producir un nuevo orden de modificaciones, que devolverán a su alma al libre ejercicio de sus facultades, y finalmente para devolver la salud.

Es imposible curar radicalmente la melancolía si no se destruyen las causas que la producen. Por lo tanto, es muy necesario tener un conocimiento previo de estas causas. Al recordar las más frecuentes, se sentirá que sólo produciendo en los melancólicos impresiones enérgicas y prolongadas en todos sus sentidos externos, que sólo combinando hábilmente todos los medios del esfuerzo higiénico, puede producirse un cambio duradero, y una feliz distracción a las tristes ideas de los melancólicos, e incluso cambiar su cadena viciosa, y cuán pequeño es el número de casos en que los medicamentos son necesarios

Es con los recursos de un buen régimen físico y moral que debemos hacer consistir principalmente el tratamiento de la melancolía. Corresponde al médico hábil encontrar los medios, determinar su elección y orden, según el conocimiento de la constitución particular del paciente, su edad, su sexo, sus ocupaciones habituales, el país en que vive, y sobre todo las causas ocasionales de la enfermedad y las fases que ha transitado

Los diferentes ejercicios del cuerpo ofrecen muchas ventajas. “Cuando –dice Bacon– la tristeza, la ansiedad y algún afecto violento del alma nos hace vivir en la pena y la ansiedad, debemos cambiar nuestra situación. Debemos ocuparnos, excitarnos al trabajo, fatigar nuestros cuerpos, fortalecernos con toda clase de movimientos y producir en nosotros otras pasiones moderadas para destruir estas ideas desagradables”.

El desarrollo del sistema muscular disminuye la susceptibilidad nerviosa, las funciones de la economía son más activas, la transpiración es más considerable, el apetito mejora, y el cansancio, que resulta al final de cada jornada, procura un buen descanso. Estos ejercicios deben estar adaptados a los gustos de los enfermos, dando preferencia a las actividades que se realizan al aire libre, como la agricultura, la jardinería, etc.

La equitación ha producido a menudo muy buenos efectos en los melancólicos. La variedad de objetos que pueden afectarles agradablemente, y sobre todo la atención que se ven obligados a prestar a los movimientos del caballo, pueden impedirles ocuparse de sus ideas dominantes.

Los mismos efectos, más o menos, resultan de los paseos en carruajes algo toscos. Y especialmente cuando son conducidos por los enfermos.

Además, el ejercicio que requiere la caza despierta una nueva pasión que sólo puede ser favorable.

Se puede sentir qué influencia tienen los diferentes ejercicios del cuerpo sobre la moral: fuerzan a la mente del melancólico a salir de su inmovilidad, por así decirlo, y a comparar las ideas producidas por sensaciones reales, con las quimeras que le ofrece su imaginación errónea. Es excitando otras pasiones lo suficientemente fuertes como para desviar al melancólico de las ideas que lo dominan, que una empresa, un asunto importante, una prueba, han producido a veces su curación.

El cambio de residencia es uno de los puntos más importantes en el tratamiento de los melancólicos. A veces es imposible conseguir su recuperación si no se les aísla por completo de su medio habitual, si no se les aleja de sus familias, donde lo que ven les recuerda a menudo sensaciones desagradables y agrava sus enfermedades. Su nueva estancia debe elegirse, en la medida de lo posible, en el campo, en un lugar agradable. El espectáculo de la naturaleza, la tranquilidad de la moral campestre, la franqueza y la alegría que allí reinan y, en fin, el cambio en todas sus relaciones físicas y morales, producen en los melancólicos impresiones de otro tipo y tienen efectos saludables.

Los viajes son otro de nuestros recursos. Además de los efectos producidos en el paciente por el traqueo del caballo o el carruaje, y el cambio de clima, la variedad de objetos que presenta un país extranjero interesa su curiosidad y excita su atención. Cada noche, la reflexión que le recuerda las sensaciones que ha experimentado durante el día ocupa su mente de forma agradable, y la fatiga del camino le proporciona un sueño tranquilo y reparador. El éxito que se puede esperar de los viajes será aún más seguro si se les da un propósito, como los negocios, la política, etc.

El tratamiento de las aguas minerales utilizadas en sus fuentes, dice Bourdeu, es sin duda, de todas las ayudas médicas, la más capaz de provocar, para el físico y la moral, todas las revoluciones necesarias y positivas en las enfermedades crónicas. Todo contribuye a ello: el viaje, la esperanza de éxito, la diversidad de

alimentos, el aire que se respira, que baña y penetra en el cuerpo; el asombro en el que se encuentra uno en el lugar, el cambio de las sensaciones habituales, los nuevos conocidos que se hacen, las pequeñas pasiones que surgen en estas ocasiones, la honesta libertad de la que se disfruta. Todo ello cambia, trastorna, destruye los hábitos de malestar y enfermedad a los que están especialmente sujetos los habitantes de las ciudades.

Se sabe que viajar es la forma más exitosa que tienen los ingleses de disipar su sombría melancolía.

La música será uno de los medios más ventajosos. La historia está llena de efectos sorprendentes que ha producido.

“A menudo –dice Gresset (*Discours sur l’harmonie*)– encantaba los males y suspendía el dolor. Pero su poder salutífero era siempre más marcado sobre los dolores profundos del espíritu. Conoce los caminos del corazón; hace que las penas importunas se adormezcan, que las preocupaciones oscuras se apacigüen, que las nubes de oscura melancolía se aligeren.

“Su principal efecto es modificar tanto nuestra sensibilidad que hace surgir afectos en el alma, que varían según sus diferentes acordes”.

Galeno cuenta que un músico que, con el modo frigio, había enfurecido a unos jóvenes borrachos, los devolvió inmediatamente a la mayor tranquilidad con el aulós. La lira de Timoteo excitó la furia de Alejandro con el modo frigio, y luego la suavizó hasta la indecencia con el aulós.

En varios autores encontramos observaciones sobre la melancolía en las que vemos que la música ha producido los mayores beneficios.

Bourdelot (*Histoire de la musique*) cita varios ejemplos de melancólicos curados por la música. Aquí está uno de ellos:

– Una mujer sufría de melancolía causada por un amor infeliz. Se llevaron músicos a su habitación, y tocaron para ella tres veces al día melodías muy adecuadas para su estado. Este método la curó.

He aquí otro ejemplo, citado por William (*Tract. phys. de vi musc. in animos*):

– Un melancólico había probado todo tipo de remedios en vano. Durante un violento ataque, le cantaron una canción que le despertó, le dio placer, le animó a reír y disipó su melancolía para siempre.

La sociedad de unos pocos amigos sinceros puede ser muy útil para el melancólico por su afabilidad, su complacencia; pueden darle valor, esperanza, confianza: *Optimum est amicum fidelem nancisci, in quem secreta nostra infundamos.*

Si un amor desdichado ha provocado la melancolía, el primero de todos los remedios es su goce. Pero a menudo una infinidad de causas impiden satisfacer la pasión. Entonces hay que tratar de destruirla, de borrar la idea dominante por todos los medios posibles de distracción: por el alejamiento del objeto amado, la ausencia de todo lo que pueda evocar su recuerdo, los viajes, la música, el ejercicio sostenido, la sociedad de amigos escogidos, la vida en el campo, etc.

Valleriola (*Observ.*, lib. IV) ha informado de la observación de una melancolía debida al amor, en la que se utilizaron con éxito estos diferentes medios. Pero a menudo las circunstancias obligan al paciente a concentrar su afecto y guardar el más profundo silencio sobre la causa de su enfermedad. Entonces el médico necesita toda la sagacidad que tuvo Erafristrato para reconocer la pasión de Antíoco por Estratónice, y la que tuvo Galeno para descubrir el amor de una dama romana por el bailarín Pílates.

Si la melancolía se debe a una causa física, como la supresión de un drenaje, hay que emplear los medios para restablecerlo. Si se debe a la retrocesión de la gota, ésta debe ser retirada al exterior. Si la causa es la repercusión de una erupción cutánea, como la sarna, se hace necesario un exutorio.

Férier, consultado por los amigos de un joven que había caído en la más profunda melancolía, hizo varias preguntas relativas a sus causas. Se enteró que, durante dos años, el paciente había estado sujeto, en la primavera, a una erupción herpética que ocupaba parte de la espalda, extendiéndose hasta el hombro. Y que la desintegración de esta erupción había sido en la época de la invasión de su melancolía. Le prescribió entonces un setón en el cuello. Del tercer al cuarto día se dio la evacuación de una sustancia muy fétida. A partir de entonces el estado moral cambió y mejoró sucesivamente. Una recuperación completa deviene entonces, fruto de un ejercicio físico sostenido, de un régimen tonificante y de bañarse en el mar.

Si la melancolía se debe a la repercusión de la sarna, hay que hacer que el paciente la contraiga de nuevo.

Pero hay que tener en cuenta que estos diversos medios deben combinarse siempre con los que ofrece una buena dieta.

A veces es importante remediar diversos accidentes que son efecto de la enfermedad, o que la agravan. Por ejemplo, hemos visto pacientes melancólicos que han estado estreñidos durante varios días, lo que ha empeorado mucho su estado. Esto se remedia con laxantes suaves.

Otras veces se encuentran en tal estado de abatimiento que los primeros medios a emplear son los analépticos y los tónicos. La combinación de quina con opio ha producido a menudo buenos efectos en estos casos.

La alimentación del enfermo debe variar según su constitución y sus hábitos particulares. En general, los melancólicos deben evitar la comida caliente, la carne salada y ahumada, y el abuso de bebidas alcohólicas; deben comer alimentos fáciles de digerir, hacer uso de la fruta de verano madura, y especialmente una gran cantidad de uvas.

Estos son los medios con los que se debe esperar el mayor éxito.

Pero no hay que ocultar cuántas dificultades experimenta a veces el médico. ¡Qué valor, qué docilidad de ánimo, qué paciencia se necesita de su parte para acomodarse al carácter extraño y turbio de los melancólicos! A veces uno experimenta la mayor resistencia para superar su obstinación en guardar silencio. Hay que elegir un momento favorable para aconsejarles. Cuando los melancólicos están inmersos en sus ensueños, suelen irritarse al tratar de animarlos. Sobre todo, hay que hablarles con cordialidad, franqueza y claridad; la menor oscuridad daría lugar a desafortunadas sospechas. Hay que entrar en sus puntos de vista, parecer compartir sus afectos, tratar de hacerles gustar algún consuelo, ponerles en situación de tranquilizarse, tratar de penetrar en los más recónditos rincones de su alma y, finalmente, encantar su confianza.

Observaciones sobre la melancolía

Primera observación

Gilbert nació en Foutenay, en los Vosgos, en 1751. La esmerada educación que le dieron sus padres, aunque muy pobre, y un prematuro trabajo obstinado, desarrollaron en él el germen de un gran talento; pero debilitaron su constitución física, que ya de por sí era delicada.

El gusto extremo por el estudio, el deseo de progresar, le llevó a disfrutar de las ventajas que París ofrece a eruditos y artistas. No estaba del todo instalado allí cuando se vio decepcionado en sus expectativas; en lugar de la ayuda y el consejo que creía encontrar allí, experimentó humillantes rechazos. Entonces su viva susceptibilidad, su ardiente imaginación, dieron lugar a la mayor disposición a la melancolía.

La injusticia de los hombres le había irritado hasta el punto de que ya no tenía otro interés que el de inmolar a los literatos que le molestaban. Así lo hizo en su *Satyre du dix-huitième siècle*, donde tan bien

se describe el estado de su alma. Pero no se veía a sí mismo como objetivo de un grupo poderoso, sino que estaba atormentado por temores que reaparecían constantemente, y lo hacían caer en una profunda melancolía caracterizada por un delirio exclusivo: se creía constantemente perseguido por los filósofos que querían robarle sus escritos.

Su mente se enajenó tanto que un día se dirigió al arzobispo de París, que era su benefactor, y, acercándose a él, gritó con voz sepulcral: “¡Sálvame! ¡Por favor, sálvame! Me persiguen asesinos, sus puñales están a punto de golpearme. ¡Sálvame!”.

Pocos días después, para proteger sus manuscritos de la supuesta crueldad de sus perseguidores, los metió en una caja y se tragó la llave. Este elemento detenido en la entrada de la laringe, asfixió al paciente que murió después de tres días de los más crueles sufrimientos, a la edad de veintinueve años. Sólo después de su muerte se conoció la causa.

Ocho días antes de su accidente, compuso una oda en la que se encuentran las ideas más melancólicas. He aquí una estrofa: *En el banquete de la vida, desafortunado invitado / Aparecí un día y morí / Muero, y en la tumba a la que llego lentamente / Nadie vendrá a derramar lágrimas.*

Segunda observación

Un joven de veinticinco años, de temperamento sanguíneo, estatura fuerte y salud robusta, vino en el año VII⁴ a París para continuar sus estudios. Poco antes de su salida de las provincias, tuvo una discusión, y aceptó zanjarla mediante un duelo con pistolas. Por el desarrollo del combate, este joven creyó que su honor quedó comprometido, y abandonó el campo de batalla con un vivo y concentrado sentimiento de humillación.

En los primeros días de su estancia en París, no le faltó nada para que conociera la melancolía, de la que no tardó en estar afligido, y de la que los siguientes fueron sus características principales: un aire sombrío y soñador, una mirada furiosa, la taciturnidad, la búsqueda de la soledad, la evitación de sus amigos, la propensión a desconfiar de los motivos más frívolos, la más exaltada susceptibilidad moral, el delirio exclusivo sobre un objeto. Todo lo que veía estaba dispuesto para recordarle su supuesta afrenta, y cada individuo que encontraba le parecía un agresor, un hombre que pretendía ultrajarle.

El estornudo, el sonarse la nariz, la tos, la sola mirada involuntaria de un transeúnte, era una señal contra él, un insulto que a veces trataba de digerir y del que conservaba su impresión. El acercarse piadoso de un amigo, y los testimonios de su benevolencia, eran a sus ojos el más amargo sarcasmo, y lo volvían a sumergir en la esfera circunscrita de su idea dominante.

Forzado a estar en numerosas reuniones de jóvenes, era en medio de ellas donde renovaba su rudeza, donde provocaba las escenas más desagradables y donde se entregaba al impulso irresistible que le imprimía su imaginación desbocada. Nadie estaba a salvo de sus reproches, ni siquiera sus amigos, que se ocupaban de sofocar las peleas diarias que suscitaba sin razón.

Uno de ellos pensó que hacía una feliz distracción a sus ideas melancólicas llevándolo al teatro de la República, donde se representaba una de las obras maestras de la escena francesa. En medio de la obra, una estimable actriz, fiel a su papel, estalló en carcajadas con esa naturalidad que caracteriza al verdadero talento. Él se enfadó por ello: “Mira –dijo a su amigo– cómo se ríe de mí mademoiselle C***”; e inmediatamente se levantó y abandonó bruscamente la función.

Este amigo, en quien tenía gran confianza, esperaba que razonando con él le haría entrar en razón, y le dijo que en realidad todos estaban riéndose de él. Esta estratagema, inventada con buenos motivos, tuvo el peor de los éxitos, y sólo sirvió para confirmarle en el error de su imaginación.

Poco después, tras una reyerta, se peleó y resultó herido. Su adversario le felicitó por su valor y le dijo que le había confundido con un delator que, el día anterior, había detenido a uno de sus amigos. Esta indiscreción le reforzó la opinión de que llevaba unos rasgos siniestros y peculiares en el rostro que le hacían objeto de la burla pública. A partir de entonces, su melancolía se volvió tormentosa. Alterado y conmovido a la vista de sus amigos, tuvo una irresistible inclinación a suicidarse: se envenenó con opio, lo que fue seguido de violentas convulsiones, pero que fueron detenidas por jugo de limón.

Observaré que razonaba sagazmente sobre todo objeto ajeno que no concernía a su amor propio; que no experimentaba ninguna perturbación en las funciones de la vida interior, ni finalmente las anomalías nerviosas que se advierten en la hipocondría.

4. N. del T.: Corresponde al año 1793 del calendario gregoriano.

No pudiendo ya resistir los tormentos que se creaba cada día, se marchó al campo. Allí –rodeado de hombres que no le conocían, de niños cuyos juegos compartía; variando sus ocupaciones, viviendo en una esfera de continua actividad y liberándose con pasión al ejercicio de la caza, *Pluribus intentus, minor est ad singula sensus*–, perdió de vista el tema de su melancolía, y pronto recuperó su sano juicio y su original urbanidad.

Tercera observación

Blaise Pascal nació en 1623, en una familia que distinguía de Auvernia a la que honraba con sus virtudes. Anunció, casi desde la cuna, la precoz fama que se justificó con un cúmulo de obras que aún atestiguan la superioridad de su genio.

Una educación esmerada y un estudio precoz desarrollaron en él un gusto exclusivo por las ciencias más abstractas, y el trabajo obstinado pronto mermó su constitución física, que ya era débil y vacilante. A partir de entonces, la salud de Pascal se debilita y nada pudo frenar su ardor por el estudio. Después de una larga ausencia, de vuelta en el seno de su familia, dividió su tiempo entre la sociedad y la meditación. Pero pronto se aisló penosamente, sacrificándolo todo al trabajo intelectual, y como resultado, empezó a decaer notablemente. Para detener el deterioro, su médico le aconsejó el ejercicio de caminar y que evitara cualquier restricción del espíritu.

Pascal retornó al mundo: trajo consigo grandes talentos, grandes virtudes y una fama bien ganada; pero al mismo tiempo un carácter melancólico, una vanidad natural y un deseo pronunciado de indulgencia que concedía a los demás. Ya prefería la sociedad que lo había formado a la soledad, e incluso pensaba en unirse a ella por el vínculo del matrimonio; pero un acontecimiento memorable en la historia de su vida dio a sus ideas un giro completamente diferente.

Todos los días, Pascal paseaba por Neuilly. Una noche, los dos caballos de la parte delantera de su carruaje se desbocaron y se precipitaron desde el puente de Neuilly al Sena. La sacudida, afortunadamente violenta, rompió los enganches que unían el coche a los caballos, y así quedó la caja al borde del precipicio. Pascal no resultó herido, pero sí muy asustado, y un desmayo que duró mucho tiempo fue el primer resultado de este susto. Es fácil imaginar la conmoción física y moral que debió sentir un hombre débil y lánguido.

En la misma época experimentó, en la sombra de la noche, una especie de visión, cuyo recuerdo conservó en un papel que llevaba siempre consigo, y que algunos han considerado como un amuleto y otros

como un modelo de virtudes cristianas. La sensación de este desafortunado suceso, recordado sin cesar por su imaginación, le inquietaba por todas partes; especialmente por la noche, en medio de su insomnio y su decadencia. Siempre pensó que tenía un abismo en su lado izquierdo, y se hizo colocar un asiento allí para tranquilizarse.

No insistiré en las características accesorias de su melancolía, sus miedos, su desconfianza, sus escrúpulos, su pasión dominante o su muda devoción.

Las palabras consoladoras de la amistad calmaron sus temores por un momento; pero, al momento siguiente, Pascal volvía a ver el precipicio, todavía asustado por el mismo fantasma o por esta distracción de su imaginación. Y ocho años después de este desafortunado accidente, Pascal murió a la edad de treinta y nueve años.

Cuarta observación

Un comerciante de granos muy rico, habiendo guardado trigo en sus graneros durante mucho tiempo, no pudo venderlo por el precio que deseaba. Estaba atormentado por los remordimientos de su conciencia por no haberlo distribuido a los pobres. Su mente estaba tan afectada por esto que se puso triste, experimentó insomnio, y gradualmente cayó en la más profunda melancolía. Este rico comerciante se imaginó que estaba sumido en la última miseria, despojado de todas sus posesiones y condenado a morir de hambre con todos sus sirvientes.

Al principio de su enfermedad acudió a consultar a Forestus, rogándole que le devolviera el sueño del que estaba privado. Pero éste no descubrió la causa última de su afección, y le indicó entonces que tomara humectantes y algunos somníferos ligeros. El uso de estos medios pareció mejorar durante algunos días el estado del enfermo. Pero pronto se abstuvo de ellos, no volvió a ver a Forestus, y su enfermedad progresó de tal manera que se conoció entonces la causa de su delirio y que siempre había ocultado con gran cuidado, pues repetía continuamente que iba a morir de hambre, que esto era un efecto de la venganza divina y que finalmente estaba condenado a los tormentos eternos del infierno.

Forestus, queriendo disuadirlo de su error, citó varios ejemplos de personas melancólicas; pero él respondió que no era melancólico y siguió convencido de su estado de pobreza. Le recordaron que aún tenía una inmensa fortuna y que conservaba joyas en su caja fuerte; eran falsas apariencias a sus ojos, y aún prevalecía la idea de su extrema pobreza.

Era entonces la época de las turbulencias producidas por la religión reformada, y lo que las medicinas o los medios más hábiles, preferidos por Forestus, no pudieron producir, supo hacerlo el más ferviente celo a favor del papismo. El melancólico se liberó día y noche para trabajar, e hizo tan grandes esfuerzos –con sus discursos y escritos– para defender el sacrificio de la eucaristía, que finalmente fue liberado de su melancolía. Pero como este hombre tenía una disposición hereditaria para esta enfermedad –su hermana y sus hijos también se volvieron melancólicos–, fue atacado de nuevo nueve años después.

Quinta observación

Una señora de alta alcurnia, de treinta años, estaba íntimamente relacionada con una joven de dieciséis. Un día, estando en su casa, fue testigo de cómo le sobrevino a su amiga un ataque de epilepsia. El espectáculo de esta terrible enfermedad asustó tanto a la señora que, muy poco tiempo después, experimentó una melancolía de la que sus fenómenos singulares fueron los siguientes: no quiso admitir en su casa más que a su marido y a uno de sus sobrinos; despidió a sus otros parientes y a todos los criados, porque temía que hubieran tenido alguna relación con los epilépticos. Le tomó aversión a todo tipo de alimentos, temiendo que pudieran haber sido tocados por epilépticos, o incluso por personas que tuvieran alguna relación con ellos.

Esta situación la llevo a que, durante algunos años, se alimentó sólo con el pan que le suministraba un cierto panadero, y sólo bebía el agua que sacaba de un pozo privado. Pero como el pan y el agua pronto se le volvieron también sospechosos, desde hace dos años se alimenta sólo de la leche de una vaca que ella misma ordeña.

Por la misma razón se abstiene de usar los bancos de la iglesia y ha conservado puestas las ropas que tenía el primer día de su enfermedad; y como estas, desde entonces, están gastadas y rotas, ya no se atreve a mostrarse en público. De todos sus muebles, que son abundantes y de la mayor elegancia, sólo usa el tazón donde pone la leche con que se alimenta, y la cama donde duerme. Esta mujer tiene, además, una mente muy sana y razona muy bien en todos los demás asuntos.

Esta historia muestra uno de los efectos que el miedo puede tener en el sexo femenino (M. Pinel).

Post Scriptum– En otra parte de este *Diccionario* se ha restringido el significado de la palabra melancolía para aplicarla sólo a aquella especie de delirio o monomanía que se caracteriza por una propensión involuntaria al desconsuelo, a la desconfianza, a las pasiones opresivas en general. (Ver Tomo IX de este *Diccionario*, pág. 148; ver también el artículo “Monomanía”).